

La inquietud por la historia

The Concern for History

A preocupação com a história

—

Marisol OCHOA ELIZONDO

Universidad Iberoamericana

México

marisolchoa555@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7627-0280>

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación

N.º 160, diciembre 2025 - enero2026 (Sección Monográfico, pp. 17-36)

ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X

Ecuador: CIESPAL

Recibido: 17-11-2025 / Aprobado: 10-12-2025

Resumen

Este escrito propone enfatizar la entrañable relación que Michel de Certeau tejió entre el psicoanálisis y la escritura de la historia. Así, entre una novela familiar, la resistencia, el retorno de lo reprimido y el deseo que no cesa de re-escribirse en el sentido freudiano, Michel de Certeau nos propone pensar esta relación en el ejercicio y la apuesta de una escritura de la historia que nunca condena o nos somete a la verdad, ni a un origen sino todo lo contrario, nos desvela la potencia de una escritura que nos altera y nos expone al riesgo de pensar las condiciones de posibilidad en su diferencia y más inquietante alteridad, asumiendo la ausencia irremediable de un pasado, que irremediamente perdido potencializa la creación.

Palabras clave: ausencia; pérdida; retorno de lo reprimido; escritura; historia

Abstract

This essay aims to emphasize the profound relationship that Michel de Certeau forged between psychoanalysis and the writing of history. Thus, through a family novel, resistance, the return of the repressed, and the desire that ceaselessly rewrites itself in the Freudian sense, Michel de Certeau invites us to consider this relationship in the exercise and the commitment of a writing of history that never condemns or subjects us to truth, nor to an origin; quite the contrary, it reveals the power of a writing that alters us and exposes us to the risk of thinking about the conditions of possibility in their difference and most unsettling otherness, assuming the irremediable absence of a past that, irremediably lost, empowers creation.

Keywords: absence; loss; return of the repressed; writing; history

Resumo

Este ensaio visa enfatizar a profunda relação que Michel de Certeau estabeleceu entre a psicanálise e a escrita da história. Assim, por meio de um romance familiar, da resistência, do retorno do reprimido e do desejo que se reescreve incessantemente no sentido freudiano, Michel de Certeau nos convida a considerar essa relação no exercício e no compromisso de uma escrita da história que nunca nos condena ou nos submete à verdade, nem a uma origem; pelo contrário, revela o poder de uma escrita que nos transforma e nos expõe ao risco de pensar as condições de possibilidade em sua diferença e alteridade mais perturbadora, assumindo a ausência irremediável de um passado que, irremediavelmente perdido, potencializa a criação.

Palavras-chave: ausência; perda; retorno do reprimido; escrita; história.

¿Cómo crearse? *

Michel de Certeau (2000, p-XVII)

Introducción: El andar como extravío. El origen puesto a la deriva

La obra de Michel de Certeau nos recuerda que la lectura y la escritura atienden siempre a una sospecha, a un ocultamiento, una transformación que no cesa de develarse en otra cosa. En esa multiplicidad de sentidos y sus metamorfosis, en donde los límites de una posibilidad para pensar, decir y representar transitan hacia otro lugar, un *no lugar del lenguaje* que no deja de ser extraño, extranjero, ajeno, pero al mismo tiempo y tan solo por un instante, propio en su incesante *desargumentación y desmitificación* (Pereña, 2002, p. 52).

Es así como la apuesta por una producción de sentido entra en la escena, y nos desvela que recordar, repetir y re-elaborar (Freud S., 1914) desde la terapéutica freudiana, son operaciones implicadas tanto en el psicoanálisis como en la historia, donde una escritura de la historia se encuentra en falta, hecha de retazos y al mismo tiempo en un incesante movimiento, donde el origen es puesto a la deriva, donde la rescritura no determina lo que fuimos ni tampoco lo que seremos. Ya que la constitución de una identidad es imposible e inalcanzable, la escritura hecha de fragmentos reafirma el devenir y con ello sus posibilidades, siempre abiertas a pensar de otro modo entre tensiones de lo real y el discurso que retornarán en un tiempo y lugar otro —fuera de tiempo— resignificando la memoria y la historia. Entre juegos de verdad, el origen naufraga, revelando que cada tiempo puesto en acto en favor de una certeza, es y ha sido producto de la fantasía y la imaginación. Así una ficción teórica es puesta en la escena, articulando mediante la escritura de la historia sentidos, que, en algún otro momento y espacio de experiencia, eran opuestos, yuxtapuestos y disonantes. Contrasentidos, que solo en los sueños, podían converger sin distinción, resignificando las huellas de una historia, desplazándola hacia otra parte, en una constante reestructuración de sentidos y referencias, donde el yo es siempre otro. (De Certeau, 1994, p. 247)

En el mismo sentido, construir referencias desde el presente para hacer inteligible el pasado, con orientaciones abiertas a pensamientos, escuchas y tiempos inéditos, atiende a la propuesta por la historia, similar al dispositivo psicoanalítico, que no solo repara en los hechos y atiende a una temporalidad cronológica, sino que frente al desconcierto de lo que pudo haber sido el pasado, propone operar y hacer hablar de otro modo, porque “los muertos se ponen de nuevo a hablar” (De Certeau, 2002, p. 23) a partir de significaciones y representaciones alteradas/afectadas por la relación con el Otro, ese deseo que no termina nunca por desvelarse, pero que en tanto potencia escritural estimulada por la ausencia, no cesa de re-escribirse en la diferencia y la alteridad. (Napoli,

2013, p. 104) Así como entre el libro y el lector no cesan de resignificarse sentidos y transformarse mutuamente (De Certeau, 2003, p. 116), así entre la ausencia de ese pasado irremediamente perdido y la escritura, una relación alterada se produce para comprendernos y asumirnos de otro modo, articulando tensiones inesperadas entre el tiempo y la memoria poniendo en marcha la organización de nuevos presentes, entre recuerdos y olvidos. (De Certeau, 2003, p. 23)

El caminar de Michel de Certeau nos recuerda que hacer texto implica estar expuesto a lo inesperado, frente a un desamparo y en falta, dónde solo las ficciones nos permiten hacer sitios, en tanto que formas de contarnos lo *imposible* de decir, en una poética incesantemente diferida que, en su desorientación, nos muestra la reorganización y desorganización de los sentidos, lo heterogéneo, que es al mismo tiempo lo estimulante y lo inadmisibile, en donde los sentidos distorsionan los nombres propios y significados que nos *desposesionan* del lenguaje incesantemente provocando rupturas de pactos de saber, de significado y de representación. (De Certeau, 2003, p.17)

Así en un constatare *transitar* de un lugar a otro, articulando preguntas, traducidas como heridas al racionalismo, a las unidades de sentido, a las mónadas clásicas que pretendieron exiliar del saber, las tensiones y el desconcierto de la vida misma, la escritura del caminante y viajero incansable resuena, evidenciando que es frente a la ausencia del otro, donde el sinsentido de la irremediable pérdida se revela, inquietando a la solemne certeza y continuidad del estado de las cosas, posibilitando un *intermedio* donde una cosa pueda funcionar para otra cosa, el peregrinar en tanto que *pasaje* como De Certeau refiere, nos permita ir de un lado, a “otro lado” que aún no ha sido identificado. (De Certeau, 2003, p. 115)

Entre presente y pasados, el pensador de la *diferencia* da cuenta que en toda pretensión de continuidad el equívoco gobierna, y en la ambigüedad de los contra sentidos, el retorno de una diferencia abre sitios, a modo de nuevas orientaciones, donde algo inevitablemente pueda ocurrir, desestabilizando nuestros sentidos, argumentos, y arrojándonos despreocupadamente hacia un vacío, en donde el acogimiento solo pueda ser proveído a partir de nuestro desamparo, en ese encuentro sorpresivo con el otro, frente a ese “cadáver mudo en espera de ser descifrado”. (De Certeau, 1994, p.18) Es entre desencuentros yuxtapuestos —lo mismo y lo otro—, donde la pérdida, la falta, el crear y el desear, invocan retornos siempre diferidos, transformando nuestras relaciones con la tradición, distanciándonos con ese pasado que, como objeto, no deja de producirse, de fabricarse.

Es en lo intempestivo en donde la extrañeza, como nos lo recuerda el tejido de su obra, es una forma poco convencional de hacer ver lo que se resiste a ser visto, y a nombrar a lo que se resiste ser nombrado. En esa denegación (Pereña, 2020, p. 20)¹ particular que habita al historiador, que solo al arriesgarse a caminar y

1 La denegación apunta a un no saber que se sabe, es un no ver que ve. Es así que la denegación posibilita al desargumentación, en donde una identidad y ficción de unidad, pueden llegar a desmontarse.

habitar los espacios que transita poniéndose a la deriva, que se atreve por un instante a acoger esa extrañeza, que es al mismo tiempo, alteridad desplegada en los límites desdibujados entre lo mismo y lo otro, donde en esa cotidianidad tan contradictoria, en donde las técnicas y las tácticas desorientan los espacios, los olores, los ruidos y los espacios, que se desvela esa fructífera particularidad de lo cotidiano, plena en su singularidad, desconcertante y fascinante:

Usualmente lo extraño circula discretamente bajo nuestras calles. Pero basta una crisis para que, de todas partes, como desbordado de su cauce por el caudal subterráneo, levante las tapas que mantenían cerradas las alcantarillas e invada los sótanos, y luego las ciudades. Nos sentimos sorprendidos cada vez que lo nocturno se abre brutalmente a la luz del día. Y, sin embargo, ello revela la existencia de lo que está abajo, una resistencia interna que nunca se debilita. Esta fuerza de acecho se filtra en las tensiones de la sociedad a la que amenaza. De repente, las agudiza, sigue utilizando los mismos medios y recorriendo los mismos trayectos, pero al servicio de una “inquietud” inesperada, que viene de más lejos; rompe las barreras; desborda las canalizaciones sociales; se abre caminos que dejarán, una vez que haya pasado y cuando la marea se haya retirado, otro paisaje y un orden diferente. (De Certeau, 2012, p. 15)

En ese caminar sin orientación ni destino, el gesto de Michel de Certeau nos alienta a no detenernos en ese andar incansable que la propia vida propone como encuentro con lo inesperado, con lo inaprensible de nombrar, de cercar, de asegurar, con la zozobra de nunca saber hacia dónde llegar, tejiendo escrituras e historias entre los muertos y con los muertos. En la cercanía con la muerte, y su reconocimiento ese caminante y aventurero nos pide constantemente “cerrar los ojos”:

Estudioso y benévolo, tierno como soy con todos los muertos, sigo mi camino, de edad en edad, siempre joven, nunca cansado, durante miles de años...”. En el camino — “mi camino” — me recuerda esta expresión de caminante: “Caminante, erraba, corría por mi camino... caminaba como un viajero atrevido. (De Certeau, 1994, p. 15)

Así, en la aproximación al encuentro con el otro, la rescritura de la historia produce ficciones teóricas, que desestructuran lo primario de la historia, dislocando las ideas de origen y verdad, que entre la represión y el retorno de lo reprimido literario, transforman los sentidos e interpretaciones inesperados e inéditos, que se reescriben entre olvidos y recuerdos, trazando en la deriva del origen, horizontes de posibilidad para escuchar y pensar en el incesante eterno retorno y su diferencia.

Desarrollo: la escritura fragmentaria y el texto construido de retazos

Aventurarse a la textualidad de Michel de Certeau implica hacer un viaje, un recorrido, y atreverse a naufragar entre duelos y resignificación de huellas que nos revelan que la única posibilidad de escribir e inscribirse en el mundo, es a partir de confrontar y a asumir la pérdida, recolectando restos que reposan en tumbas, y nos recuerdan que *el pasado se ha ido para siempre*. Estamos hechos de fragmentos, de trozos de ideas de verdad histórica, que la tradición pretendió sostener como la posibilidad de mantener la profecía de una salvación trascendental, pero que la teología en su incesante reconstruir e interpretar desplazó y diseminó, revelando la ficción teórica del soporte histórico de la unidad, que se constituyó como la única posibilidad de estar en el mundo para vivirlo y su inminente deriva. Si Dios se ha ido para siempre, nos recuerda el texto de Michel de Certeau... “Ya no hay profetas, únicamente escritores que practican el desplazamiento *escriturístico* y producen cada vez nuevas ficciones” (De Certeau, 1994, p. 326) para vivir de otro modo, no en la condena, sino en el transitar de una repetición de la historia siempre distinta, donde el desafío al destino permite la aceptación de la imposibilidad, frente a la unidad que no volverá. De ahí que las leyendas no mueran jamás y que sean posibles a partir de que formen parte de un nosotros, bajo el riesgo de siempre quedar en falta, para ser resignificadas diferidamente en otro tiempo y otro espacio, infinitos en su propia finitud. Huellas (lo ausente) en forma de memoria que articularán las huellas del otro (De Certeau, 2003, p. 123) rescribiendo nuevos juegos de verdad, poniendo en marcha nuevas disputas sobre la memoria, el olvido, la creencia y el sentido.

Escribir, caminar y perderse sin descanso, en un duelo permanente entre tensiones y ausencias. Así la obra de De Certeau nos orienta en la incansable búsqueda de un sentido, que se pierde en los límites entre lo mismo y lo otro, en la *diferencia*, en esa otredad que al ser llamada desde un presente ajeno a esa intimidad de lo que no comprende, su pasado, retorna desde el vacío, desde el estridente silencio, en falta de sitio, pero como condición de posibilidad de decir otra cosa, en un intento por constituir un “saber decir”. Es esa extrañeza que, al mismo tiempo, le es una coherencia propia, desde su interior (Rico Sotelo, 2006, p. 56). Ya que como nos lo recuerdan sus trazos, por más que intentemos controlar una lectura del pasado, por más riguroso que sea el análisis al cuál sometemos a los documentos al escrutinio, esta lectura siempre estará alterada desde su presente, a partir de su tiempo, ese que tiene su edad y habita su experiencia. (De Certeau, 1994, p. 37)

Cuerpo mudo y discurso sobre el otro, serán así en la separación, al mismo tiempo la posibilidad y construcción de pasados porvenir (Rico Sotelo, 2006, p. 17) ¿Qué se comprende? ¿Qué se olvida? ¿Qué se produce? El retorno de los fantasmas no hace más que desorientarnos en la extrañeza, de aquello que nos parece tan familiar y tan desconocido al mismo tiempo. Así en el tejido

de una lectura y una escritura, eso otro, en tanto que extranjería, propondrá una apuesta por un sentido inédito, que terminará por partir, siempre entre un juego de miradas ausentes, donde la huella en tanto que marca y trazo, nos oriente hacia la más profunda necesidad de buscar la realidad, estando al mismo tiempo heridos de ella, ya como Paul Celán en su poema *Fuga de muerte* lo habría descubierto tiempo atrás. Ahí donde la pérdida de acción del sujeto y de su objeto son definitivas, y donde la identidad de percepción fallará permanentemente, signando el desamparo originario en su soledad más plena, donde la historia construirá su argumento fantasmático a partir del trauma de su pérdida. (Pereña, 2002, p. 17) Así De Certeau inquieta a la historia. La desvela, desargumenta y desmitifica, a partir de la intervención de la operación historiográfica, a partir de mostrar las condiciones de las causalidades —ficciones teóricas— de su determinación, esclareciéndolas, trazando un límite a los discursos fantasmáticos, para evitar así una repetición sin condición, desmantelando, la razón originaria y su fundamento, dejando ver su organización por la causa del sujeto y sus procesos de subjetivación en tiempo y espacio determinado.

La preocupación constante del gesto de Michel de Certeau nos invita a pensar que son las carencias, como se ha mencionado, en tanto que pérdidas las que hacen escribir y, por ende, el oficio de la historia estaría más enfocado a esa empresa, en donde la escritura de la historia hará hablar al cuerpo que calla, como condición de posibilidad en el trabajo de los límites, desplazamientos, multiplicidades y diferencias. Es en esta *operación historiográfica*, en donde el genio historiador evidencia las identidades inalcanzables, los modos de enunciación, la relación con lo *real* que, en tanto multiplicidad, propone un trabajo sobre los límites, que ponen en juego a la significatividad y el sistema, así “la historia es sin duda nuestro mito. Combina lo pensable con los orígenes, según el modo como una sociedad se comprende”. (De Certeau, 1994, p. 35)

Y entonces ¿qué hacemos con la historia? Producirla, desmitificarla, transformarla a partir de la creación de nuevos métodos y modelos de observación, buscando captar la naturaleza de la multiplicidad de relaciones que se establecen con su otro, es decir, con lo real, como el lugar de producción de la realidad, a partir de su escritura (De Certeau, 1994, p. 356) que se construye entre juegos de sentido e interpretación. Así operar el texto, implica al mismo tiempo asumir su inestabilidad, donde las ideas en tanto que retazos y fragmentos que lo conforman se constituyen en un lugar social, a partir de elaborar sentidos, sin unidad, y síntesis, solo dispersión y alteridad.

La historia se hace a partir de operaciones de ficción —siempre peligrosas— (De Certeau, 2003, p. 2)² y produce ficciones, como modos operativos para

2 En “Historia, ciencia y ficción”, Michel de Certeau explica de forma sucinta los funcionamientos de la ficción en la historia: ficción e historia, ficción y realidad, ficción y ciencia, y ficción y lo propio. En este sentido, la ficción bajo sus distintas modalidades se convierte siempre en un discurso que informa lo real, pero que no busca verificarlo ni estructurarlo como realidad o verdad.

explicar la ausencia. Es en esta acción y efecto, donde las operaciones de *veridicción*, cuestionamientos y el retorno de lo rechazado harán lo propio en esa diferencia, en donde aparecerán entre veladas, las excepciones que al mismo tiempo dejan ver por un instante las particularidades de su lugar de producción y a su vez, las inversiones de su espacio de experiencia, transformando archivos a partir de represiones y dislocaciones, produciendo nuevas historias, en donde la metamorfosis del sentido, proveerá de usos nuevos a las cosas para que funcionen de otro modo en su desplazamiento. (De Certeau, 2003, p. 116) Estas inversiones a su vez, nos recuerdan que el “método permanece como significativo de un significado imposible de enunciar” (De Certeau, 2003, p. 12), que se escapará indefinidamente fuera del texto, en el espesor de su exterioridad, creando el teatro de su diferencia a partir del encuentro de fragmentos:

La combinatoria del decir y del ver tiene por reverso, o por determinación fundamental, “un vacío esencial”, inasimilable verdad de estas coherencias estructurales. Porque se mueve y porque también se escapa, el suelo de las seguridades científicas o filosóficas notifica una falla interna-una falla jamás localizable, solamente perceptible en este engaño enteramente ocultado y confesado por la organización temporal de lenguajes anteriores de todo pensamiento consciente. (De Certeau, 2003, p. 12-13)

Así, entre retazos, la voz aparece en aquello que no produce sentido, entre lo que falta por decir, en la inestabilidad de un movimiento que no cesa y no disputa gobernar en el terreno de lo ya sabido, sino que abre fuera de toda síntesis, la puesta en escena de un teatro pleno, heterogéneo y abierto en sí mismo a la historicidad de su ficción histórica.

Conclusión: ausencias y presencias. La escritura fragmentaria como posibilidad de crear

Michel de Certeau nos recuerda que la escritura de la historia se construye a partir de las ausencias que, al confrontarnos con el cadáver, permiten contar al historiador un cuento, en el desplazamiento mismo, nunca de lo que fue, sino de su heterología, en una interminable fábrica de posibilidades y disputas epistemológicas que no se detienen por la condena implacable del destino y resisten a la hegemonía. Escribir, nos recuerda De Certeau, es perder y perderse entre lo definido-indefinido de los textos, en los límites de ese fuera del texto, al margen, donde solo puede escucharse lo que no se dice, y que, en tanto excluido, clama en su alteridad. ¿Desde donde uno puede dirigirse a los fantasmas? Pregunta abierta en una escritura que no cesa de enfrentarse a la ausencia, en tanto que la experiencia y la tradición se vuelven imprevisibles, aventurándonos al desafío de la interpretación, en donde la escritura de la historia se vuelve en sí misma la búsqueda por el sentido, es decir, la búsqueda por el *Otro* (Rico de Sotelo, 2006, p. 16) que inevitablemente se escapa y nos deja en falta.

Aun cuando el historiador pudiera remontar la corriente hasta las fuentes más primitivas, escrutando sin cesar en los sistemas históricos y lingüísticos hasta encontrar la experiencia que ocultan al desarrollarse, nunca capta el origen sino solamente los estadios sucesivos de su pérdida. (De Certeau, 1994, p. 36)

De Certeau habita el mundo, lo anda, lo toca y al aprehenderlo desvela la propia imposibilidad como el camino para transitar entre desviaciones de un pasado-presente siempre en tensión, que nos orilla a caminar para crear nuevos sitios en un peregrinar interminable, pleno de posibilidades y faltas, que dejan un espacio abierto a la incertidumbre, cómo multiplicidad e indefinición del trabajo de los textos, en dónde lo heterogéneo y lo contingente proponen un tiempo y espacio extraño para el porvenir de su escritura, siempre en la *extraterritorialidad* de un presente alternativo que los hace pensables y posibles.

Así, frente a la pérdida, el llamado al sentimiento de extrañeza devela una nueva forma de narrar, una forma de hablar, otorgando la posibilidad a una tradición de transformarse a partir de sus silencios, y sus retornos siempre diferidos, desviados y desconcertantes, que dejan vivir de otro modo el mundo entre inversiones y desplazamientos, que hacen que la relación con el pasado sea siempre tan inquietante, extraña y desconcertante. Pero esta inquietud por la historia permite al mismo tiempo, que pueda ser habitada a partir de sus vestigios, para que algo pueda ser escuchado en la novedad de una experiencia inadvertida... siempre otra, siempre distinta... la voz del otro... como un derecho a existir dado por el otro, pero no como sucesión testamentaria, sino como desafío para hacer vivir, lo que está ahí en el aquí y en el ahora.

Entre carencias y restos, la escritura como práctica se propone como una poesía que surge entre la *errancia* de una incertidumbre y un porvenir, para confesar las dudas, en un trabajo de duelo, donde la poética nos recuerda eso que se ha ido para siempre, pero que, en su ausencia pueda hacer algo entre la resistencia, el rechazo y la resignación, frente a las inexactitudes de una identidad siempre en falta y por venir, en ese encuentro con lo otro, el pasado y el inconsciente. (Pereña, 2016, p. 12) En esta constatación, la ausencia propone la dicha de la sospecha y del enmudecimiento, en ese espacio vacío, para naufragar dónde las heridas al caminar formadas a partir de des atribuciones, nos permiten trazar líneas como nuevas reinscripciones, en un mundo nuevo que siempre se nos escapa. Sí, ¡Dios se ha perdido para siempre!, pero en el horizonte de un presente, la incertidumbre es el aire que nos habita para crear nuevas relaciones entre una realidad herida y la búsqueda de otra.

La carencia hace escribir, nos recuerda el trazo de De Certeau. La falta permite que el dolor y la desgracia se inscriban en el cuerpo que nos hace hablar y "hace hablar" a ese otro, no como condena, sino como desafío a un destino que no termina de concretarse nunca, siempre abierto a la reorientación entre un rechazar y retornar, diferido y abierto al tiempo con posibilidades inevitables entre los desplazamientos, a partir de una nueva narración, que deja que "algo ocurra" entre la historia y la repetición.

El retorno de lo rechazado es implacable en la escritura de historia, ya que es como bien lo refiere De Certeau, el mecanismo que pone en juego la concepción de memoria y tiempo, donde se desenmascaran las huellas, que como acontecimientos se confrontan frente a las conciencias en un presente que se orienta de modo distinto, y donde “...el pasado, que tuvo lugar y forma parte de un momento decisivo en el curso de una crisis es *rechazado, regresa*, pero subrepticamente al presente de donde ha sido excluido”. (De Certeau, 2003, p. 77)

El muerto habita al vivo, en donde un pasado retorna en un tiempo diferido, desorientando la existencia, que no deja, en su latencia de afectar y alterar lo pasado —que no deja de pasar— como resto en un presente, articulando el nuevo orden de las cosas. Es en esta operación de tiempos diferidos, donde los restos —en tanto que olvidos— se filtran en escenas nuevas, y posibilitan lugares de encuentro y desencuentro con la ley del otro, distribuyendo el espacio de la memoria, el recuerdo y del olvido (De Certeau, 2003, p. 78) proponiendo nuevas estrategias del tiempo y su inscripción, no solo para comprender las diferencias o desasegurar las continuidades, sino para superar los conflictos y los azares de la historia en una constante renovación a partir de su *elucidación*. (De Certeau, 2003, p. 79)³

Un duelo constante se nos devela entre las pérdidas y las resistencias, en donde como lo recuerda De Certeau, “los muertos se ponen de nuevo a hablar” desde la exclusión, y sus voces resuenan en los nuevos saberes que se construyen en los lugares que alguna vez les fueron propios resistiendo a desaparecer del todo.

En ese duelo, la escritura como fragmento nos recuerda la desposesión de todo lenguaje genealógico, que entre pérdidas y restos, refrendan la obligación de renunciar y pertenecer, en dónde la deuda se inscribe entre el yo y el otro que se reconocen en la extranjería, en una ajenidad que no propone relaciones finitas, sino rechazos y retornos de aquello no dicho, silenciado, excluido por ser la propia falta, su posibilidad de porvenir, de tocar, de tomar acción en la vida, más allá de la sentencia de una identidad frente a su alteridad. Tomar posición, desde la escucha de una voz del otro, que soy un yo y un tú, dónde retorna la posibilidad de resignificación en el nomadismo interminable que asigna un lugar propio en la práctica de la escritura como incertidumbre y al mismo tiempo como posibilidad, siempre en deuda, enigmática y contradictoria. (De Certeau, 1994, p. 307) Así, entre vestigios, restos y huellas, la textualidad de Michel de Certeau recuerda que “...las grandes ruinas dan origen a los grandes poemas.” (De Certeau, 1994, p. 310) En donde el duelo, implica no solo asumir la pérdida,

3 La *elucidación* pensada desde el psicoanálisis refiere a la “*aufklärung*” que bien pudiera ser entendida como las relaciones entre el hombre y configuración histórica desde la perspectiva freudiana, sustituyendo el discurso objetivo por el de la afectación que se reorienta en una repetición y reelaboración constante a partir de los conflictos “originarios” que no dejan de repetirse en su diferencia —rechazo del olvido— y el recuerdo como reelaboración de una historia a partir de ficciones, que se producen desde la singularidad en tensión con los fenómenos sociales que no terminan por pasar.

sino la voluntad de poder sostener el trabajo indefinido de los textos sobre sus límites y en su resistencia, para orientarlos como pre-textos, permitiendo engendrar nuevas escrituras fuera del texto, en esta práctica de separación que, a modo de *informe*, se reproduce y se reorganiza. (De Certeau, 2003, p. 116)

Si la escritura de De Certeau inquieta a la historia, es porque hace de su trazo una poética, un duelo intraducible, indomable que atiene siempre a una tensión, donde los muertos vuelven a hablar pero que, frente a ese retorno, nos permite percibir la singularidad y particularidad de los sucesos, donde la historia también aprende a reírse de las solemnidades del origen en su deriva infinita (Foucault, 1988, p. 7). Así entre el deber y el sentimiento de falta, la existencia confronta lo ya dado, el origen se desmitifica y la procedencia aparece en esos lugares dispersos de los cuales nunca ha habido nada que contar. En los accidentes, en las desviaciones en las faltas de apreciación, en las diferencias que retornan de ese pasado como alteridad, en la dispersión de la génesis, dónde el conocimiento es producto de una injusticia que se evidencia en un discurso que nunca acaba de inscribirse. (Foucault, 1998)

La escritura como *poética* nos evidencia en ese espacio sin atributos, la apuesta por dar un sitio a la *voz del otro*, en esa positividad como posibilidad, a partir de reconocer la plenitud de vacío del lenguaje. La pérdida nos invita a pensar nuestra muerte, nuestro límite a partir de un pasado que se ha ido y que nos ha hecho —y hace cosas—, en ese encuentro con la muerte, una melancolía nos invade. Si algo se ha perdido para siempre, el duelo nos posibilita a resistir y a asumirnos en la ausencia del otro que ha partido, pero que no podemos dejar descansar. ¿Qué hacer con la pérdida? ¿Qué hacer con nuestra historia? El trazo de Michel de Certeau disloca la idea de unidad de sentido, la realidad única es una ilusión, así como intentar sostener la transmisión de una herencia sin transformación.

En este sentido más allá de esa incongruencia que se pronuncia en la resistencia de sostener lo unitario y verdadero, propone una aproximación a aquello ausente, ya que “una tradición se define por lo que calla” (De Certeau, 1994, p. 324) y en ese silencio que aturde, la carencia permite crear y creer. A partir de ese instante, el trazo certoliano, introduce una forma de andar para desanudar el tiempo, para hablar de lo que se ha ido y de lo incomprendido mediante una poesía que nace del olvido y así, mediante el trabajo del duelo, nos invita a crear técnicas para decir lo otro, una ficción, “como si fuera” para querer decir y escuchar la voz del otro, en un andar interminable, siempre inacabado, ya que se sabe que los duelos y los procesos del análisis, son interminables a partir de lo que se rechaza y retorna, a partir de lo que *siempre falta por decir* y por venir.

La ausencia como ese espacio vacío nos invita a desear un pasado, parafraseando a Montaigne que: “...de la experiencia, aprender a vivir y saber morir es lo mismo”. (Mélich, 2020, p. 98) Así, la ausencia resuena en un estar, pero estar partiendo al mismo tiempo. En ese movimiento mismo que la vida

señala como ineludible, el morir, ahí en ese lugar otro, la forma siempre cambia. Así la escritura como poética implica resistir, soportar lo que no se acepta, resistir a lo que nadie sabe del todo, ya que en el tránsito de aprender a vivir y saber morir, todas las relaciones son inseguras, inestables, inciertas y en esa desargumentación, la vida solo se comprende narrándola.

En esta resistencia, la escritura cobra un estatuto privilegiado, ya que frente a la pérdida y en la ausencia, ese otro me falta, pero me habita en el desasosiego de querer saber lo que pudo haber sido y el incierto por venir, que se liga con la incongruencia de lo que yo soy y habito. Si, toda verdad tiene un estatuto de ficción, y en ese desasegurarse, la escritura inquieta, se recuerda que las carencias, proponen el ímpetu de escribir, de constatar el vacío que nos obliga a reconocer nuestro límite con la muerte y de un cuerpo que se da en la existencia, ya que existir es tomar cuerpo, no olvidarse de la gratuita alteración que somos. El cuerpo es el espacio vital del lenguaje y su testimonio, pero también su alteración y rebeldía. (Pereña, 2016, p. 90)

Los andares de Michel de Certeau nos recuerdan que la escritura refleja frente a la ausencia y la carencia un trabajo de duelo, mediante el cual sólo se evidencia la vida imprecisa, que se enfrenta a las batallas infinitas entre la ciencia y la ficción, para representar por instantes esos retornos de lo denegado, reprimido y puesto aparte, en ese momento que oculta la pertenencia a partir de la desgracia, cuando las palabras aún no saben que decir, con la promesa de habitar el lugar de lo no habitable.

De Certeau no olvida en su incansable caminar que es posible vivir un tiempo y un espacio otro, para pensar lo real en la realidad y lo escrito desde otro lugar, en lo incidental, dónde la práctica de la escritura como práctica de elaboración del duelo, dejen a los restos y vestigios desorientarse en el tránsito de una circulación hacia otros rumbos, que permitan hacer espacios de lo que aún no sucede. En un ir más allá, en una alteración e inquietud constante, que no renuncia a pensar lo impensable, ya que como el dispositivo psicoanalítico lo propone, todo movimiento parte de la angustia del perder que funda el desamparo originario, ya que la angustia y el dolor trazan a un sujeto como iniciación, porque el coraje del decir, renuncia a la máxima en donde “... *nada pueda decirse, dónde nada pueda hacerse*”. (De Certeau, 2003, p. 208) Asumir la inestabilidad, la deriva del origen, la escritura fragmentaria y su contingencia inevitable, nos auguran un porvenir tan incierto como revitalizante, para construir y crear en el desierto de lo ya conocido. Escritura en tanto que movimiento, como condición y potencia para vivir sin saber por qué.

Referencias bibliográficas

- De Certeau, Michel, (2012) *La posesión de Loudun*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- _____ (2003) *Historia y psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- _____ (2000) *La invención de lo cotidiano*. I Artes de hacer, ITESO-Universidad Iberoamericana.
- _____ (1994) *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Foucault, Michel, (1988) *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Pretextos.
- Mélich, Jean Carles, (2020) *La sabiduría de lo incierto*, Gedisa.
- Napoli, Diana, "Michel de Certeau, la historia o la teatralización de la identidad", en *Historia y Gráfica*, No. 40, enero/junio, 2023, pp. 103-132, p. 6.
- Pereña, Francisco (2020), *Cómo pensar la clínica del sujeto*, Síntesis.
- Pereña, Francisco (2002), *El hombre sin argumento*, Síntesis.
- Rico de Sotelo, Carmen (Coord.) De Certeau, Luce Girard, Mandressi, *et al.* (2006) *Relecturas de Michel de Certeau*, UIA/Universidad Javeriana/Ausjál.

